

UNA NOVELA DE  
JOANNE CROCKER



Todo el tiempo  
del mundo

EL DESTINO ESTÁ ESCRITO EN LAS RUNAS

# Todo el tiempo del mundo

JOANNE CROCKER

© 2017 — Joanne Crocker

A mi Valkiria,  
por su constante paciencia, fe, criterio e ilusión.  
Gracias por siempre soplar a mi favor.  
Te quiero hasta el Valhalla.

## Tabla de contenido

- [Capítulo uno](#)
- [Capítulo dos](#)
- [Capítulo tres](#)
- [Capítulo cuatro](#)
- [Capítulo cinco](#)
- [Capítulo seis](#)
- [Capítulo siete](#)
- [Capítulo ocho](#)
- [Capítulo nueve](#)
- [Capítulo diez](#)
- [Capítulo once](#)
- [Capítulo doce](#)
- [Capítulo trece](#)
- [Capítulo catorce](#)
- [Capítulo quince](#)
- [Capítulo dieciséis](#)
- [Capítulo diecisiete](#)
- [Capítulo dieciocho](#)
- [Capítulo diecinueve](#)
- [Capítulo veinte](#)
- [Capítulo veintiuno](#)
- [Capítulo veintidós](#)
- [Capítulo veintitrés](#)
- [Capítulo veinticuatro](#)
- [Capítulo veinticinco](#)
- [Capítulo veintiséis](#)
- [Capítulo veintisiete](#)
- [Capítulo veintiocho](#)
- [Capítulo veintinueve](#)
- [Capítulo treinta](#)
- [Capítulo treintauno](#)
- [Capítulo treintaídos](#)
- [Capítulo extra](#)

EPÍLOGO

## Capítulo uno

—¡Cabrón...! ¡¿Te parece poco haberme tenido engañada, conseguir que me casara contigo para servirte de tapadera, que encima te traes a tu amante a nuestra luna de miel?!

Nora tomó la lámpara de la mesita de noche y la alzó con seria intención de alcanzar la cabeza de Charlie.

—Siempre sospeché que nuestra relación no era del todo normal, que eras un tipo peculiar, con tus cosas que distan bastante del resto de hombres que he conocido, pero jamás pensé que podrías llegar a arrastrarme a algo así...

—No es lo que-...

—No insultes mi inteligencia —le advirtió, cortándole—. Todo es suficientemente evidente como para que busques cualquier tipo de justificación. Eres despreciable, y no quiero volver a verte en la vida.

Nora cerró la puerta de la habitación a sus espaldas, cargada con las dos tablas de esquí y caminando de forma singular con aquellas pesadas botas de nieve.

Tenía la certeza de que Charlie no iría tras ella. Suponía que estaría demasiado consternado como para reaccionar a la revelación de su más guardado secreto. Posiblemente creyendo que la discusión no era más que otro desencuentro entre ellos. Era enfermizo, no obstante, que a sus treintatrés años, pretendiese alternar sus dos relaciones, en un mismo punto geográfico, en un mismo momento y, sobre todo, en su viaje de novios.

No era la primera vez que ella percibía que entre él y Guy existía un nexo que iba más allá de una simple amistad. Sin embargo, consideró que todo eran infundadas especulaciones y rumores de barrio. Aun así, confió en que, con el tiempo, Charlie se centraría en tomar las riendas de su vida y, junto a ella, formar una familia, tal y como él siempre había manifestado. No obstante, en esa primera noche de luna de miel, entre las nevadas montañas de Sui-

za, quedó de manifiesto que, para ellos, el concepto de los integrantes que debían formar esa familia, difería.

Sacudió su media melena castaña y colocó el gorro de lana negra sobre su cabeza, dispuesta a cerciorarse de permanecer absolutamente abrigada para la intemperie. Pese a que el ocaso no tardaría demasiado en hacerse con el cielo, de por sí oscurecido por el níveo temporal, necesitaba hacerse con la libertad de descender alguna de las pistas. Y le bastaba con unos pocos minutos de soledad, con la nieve, el frío y el control físico que debía emplearse.

No le costó demasiado llegar al puesto del telesquí. De camino prosiguió maldiciendo a Charlie y su desfachatez por permitir tan insostenible y humillante situación. Estaba tan enfadada que, aunque gran parte de ella considerase la posibilidad de matarlo con sus propias manos, su parte racional se conformaba con lanzarle una ráfaga de malsonantes palabras que sacasen al menos un tercio del dolor que bullía en ella.

Al llegar a los telesillas, se sorprendió por la ausencia de usuarios que, como ella, buscaran disfrutar de las pistas.

Junto al encargado del teleférico había otra persona. Ambos se encontraban conversando, tranquilamente, a la espera de poder tomar uno de aquellos asientos que, suspendidos en el aire, se ocupaban de cruzar una gran cantidad de terreno. Al acercarse, comprobó que el hombre que acompañaba al trabajador sostenía una tabla de *snowboard* y que, ante su repentina presencia, se hacía a un lado, permitiéndola dirigirse al operario.

—Buenas tardes —la saludó éste, afable.

—Buenas tardes.

—Si es usted principiante, debo recomendarle que, preferiblemente, espere a mañana para poder disfrutar de las pistas. El tiempo hoy se ha presentado cambiante y la zona de apertura requiere un nivel superior al B.

—Mi nivel corresponde al C.

—Entonces no creo que tenga problema.

Se hizo un silencio en el que Nora, sin desearlo, se vio inmersa en una sucesión de recuerdos y vivencias que cla-

ramente manifestaban un secreto que, tan solo ahora, parecía mostrarse evidente.

—Hemos tenido problemas con el sistema de electricidad, pequeñas cuestiones técnicas. Todo funciona con normalidad ahora pero algunos asientos han quedado afectados y no son utilizables. Entre una tanda y otra puede pasar un tiempo —les advirtió el joven.

Nora desvió sus ojos hacia el desconocido que, como ella, esperaba, quizá, desfogarse en las pistas con intensos descensos. Antes de poder pronunciarse, éste se adelantó:

—Puedes cogerlo, si quieres. Esperaré al próximo.

Una ráfaga de viento acababa de entorpecer la comunicación y, aunque apenas pudo escuchar su voz, entendió lo que decía.

—A mí no me importa compartir el telesilla —le comunicó, con el cosquilleo escalando su esófago pues veía que el banco colgante se aproximaba a lo lejos.

El operador los miró a ambos y, recordándoles las normas básicas de seguridad sobre el artefacto, trató de ayudarles en cuanto el aparato llegó a ellos. Bajó la barra de seguridad, acompañando al dispositivo en aquella suave velocidad y les deseó una agradable estancia.



El temporal había empeorado en cuestión de minutos.

Todavía sobre el banco del telesquí, Nora apreció que el viento empezaba a soplar cada vez con mayor ímpetu, consiguiendo, por momentos, mecer el artilugio. Por mucho que la maquinaria pareciera segura, el tiempo empezaba a mostrarse más que revoltoso. Desde la altura de uno de los puntos del trayecto, ambos pudieron comprobar que el cielo se ennegrecía con premura.

Era pronto para que el anochecer se hiciera con las pistas.

Nora empezó a sentir que su estómago se removía, lanzando unas excéntricas vibraciones por sus extremida-

des. La inquietud no tardó en hacerse con sus piernas y, pese a tener los esquís colocados y anclados a las botas, movió los pies, balanceándolos, lo cual aumentaba, a su vez, el ligero meneo de la banqueta.

—¿Estás nerviosa, es la primera vez que visitas estas pistas?

Ladeando el rostro hacia el tipo que la acompañaba, al que apenas había contemplado desde su subida al telesilla, se encogió.

—¿Cómo?

—Pregunto si es la primera vez que esquías aquí.

—Sí —respondió ella, procurando mantener el tono de su voz—, pero no es eso lo que me tiene nerviosa.

—Esta es mi tercera vez —dijo él, tras haberse quedado un poco pensativo por su respuesta, pero sin querer indagar más—. Lo alterno con las de Austria. Ambos lugares tienen terrenos increíbles para disfrutar y el tiempo suele ser mucho mejor que en el norte.

—Lo cual es una ironía en este preciso momento...

Él rio, particularmente tranquilo y con una evidente pero involuntaria sacudida en los hombros al hacerlo.

—La pista a la que vamos, azul, no tiene gran dificultad. Ni siquiera el viento nos entorpecería —aseguró él.

Ella, todavía insegura, miró a su alrededor. Lo único que sus ojos alcanzaban ver, a través de aquel ambiente frío y débilmente nublado, era el suelo nevado y el bosque a ambos lados de aquella extensión blanca.

—¿Nunca has tenido curiosidad por probar la tabla?

—El equilibrio no es lo mío.

—Pero, al contrario de lo que pueda parecer, es una relación simbiótica entre la tabla y tu propio cuerpo. Es como si se tratase de una extensión más del mismo —explicó él, intentando captar la atención de la joven para que, inconscientemente, se tranquilizara.

—Probé el surf una vez. El resultado fue horrible. Bebí agua.

Él volvió a reír, suavemente.

—Nunca he probado el surf —dijo—. No es un deporte que se practique demasiado en mi país. No sé mucho más allá del fútbol y del hockey sobre hielo.

Nora había creído percibir un extraño deje en su habla pero irreconocible con el ruido ambiental que los rodeaba.

—¿De dónde eres? —Terminó por preguntarle.

—Dinamarca.

Por primera vez desde que tomaron el telesilla, ella lo observó. Contempló la presencia de una suave pero creciente barba y sin embargo, pese a intentarlo, no pudo apreciar mucho más. Era poca la iluminación del día, la cual iba perdiéndose con la borrasca que, poco a poco, se iba estableciendo alrededor de ellos.

Se escuchó un férreo rugido proveniente del cielo y Nora, quien había conseguido distraerse con la conversación que el desconocido le había dado, se sobresaltó para, acto seguido, encogerse bruscamente. Su reacción empeoró cuando el teleférico se detuvo de golpe, provocando un repentino desplazamiento en el aparato en el que seguían sentados.

Entre ellos se hizo un silencio, acoplado al ruido ambiental del entorno que, a cada nuevo segundo, se hacía notar con más rabia. Ella no pudo evitar mirarle y cuando de entre sus labios escapó una asustadiza negativa, el mecanismo de ascenso retomó su funcionamiento, en una brusca sacudida.

Nora expulsó todo el oxígeno que había mantenido en los pulmones, dejando que el pánico se acumulara en su pecho. El mismo susto había conseguido alejar momentáneamente la constante presión que se localizaba contra su diafragma, ese peso que le recordaba por qué se encontraba en Suiza y el motivo por el cual, en lugar de estar disfrutando de una maravillosa estancia, había tenido la necesidad de huir para tomar una de las pistas de esquí.

La velocidad no parecía estar siendo reducida y sin embargo, el pequeño banco en el cual yacían suspendidos

en el aire, fallando en su determinada función, comenzó a traquetear.

—No te muevas —declaró él, de pronto—. No te pongas nerviosa pero no te muevas.

Ella se encogió.

—¿Es una advertencia? —Le preguntó, desconcertada.

El persistente nerviosismo se vio aumentado en cuestión de segundos y los pies de Nora, involuntarios pero empujados por el creciente pavor, esbozaron inquietud con pequeños meneos.

—La primera vez era una advertencia. Ahora es una orden —masculló él, a su turno, cuando el telesilla volvió a agitarse a la altura de uno de los postes técnicos.

No tuvo tiempo de pararse a pensar en lo desacertado que podía resultar aquella respuesta por parte de un completo desconocido. Con tal de permanecer quieta, había incluso reducido la frecuencia con la que inspiraba y exhalaba el aire, notándose, no obstante, el corazón bombeando fuertemente en el interior del pecho. Tensa, le miró de reojo mientras reprimía las tremendas ganas de llorar que afloraban en ella, luchando contra sí misma para evitar la ineludible tiritera. Difícilmente podía apreciar el rostro de la persona que tenía a escasos centímetros pero el imperioso mandato que su rotunda voz le destinó la estremeció profundamente.

—Vale... Acércate a mí con mucho cuidado...

—Pero si acabas de decirm-...

—Olvídate de lo que te he dicho y ¡ven ya...! —espetó categóricamente, sin dar opción a réplica.

Antes de que Nora siquiera procesara las palabras emitidas por su compañero de teleférico, un chirrido que no supo identificar precedió al desprendimiento de uno de los laterales de la banqueta en el que se encontraban, precipitándose al vacío.

De pronto, parte de su cuerpo quedó suspendido en el aire y sus pies perdieron el contacto con la superficie que

instantes antes los había alojado, sintiendo que la nada tiraba de ella.

Un grito surgió del fondo de su garganta instintivamente. El miedo y un intenso dolor en el hombro la atravesaron como si de una afilada espada se tratara. Pese a ello, por el propio reflejo de subsistir, trató de asir la barandilla que momentos previos los había protegido y que ahora había quedado parcialmente sesgada. Aun alcanzándola, el peso de ella provocó un mayor desacoplamiento de uno de los ejes del mecanismo.

Sus enguantados dedos buscaron el modo de ajustarse a la prolongada barra de seguridad pero sintió que sus fuerzas expiraban, sin éxito en su intento. Cerró los ojos, resignada ante el fatídico destino que parecía la estaba esperando y, al notar que su resistencia mermaba, abandonó toda esperanza, dispuesta a dejarse caer.

Un inesperado gruñido caló en sus sentidos y, cuando ya lo daba todo por perdido, sintió un repentino tirón que la hizo reaccionar ipso facto. Aquello aumentó la lesión anteriormente provocada en su hombro.

La abrumada voz de él inundó su consciencia en un grito que terminó de sacarla de su letargo:

—¡Te tengo!

Aferró los dedos alrededor de la muñeca de la joven en un desesperado intento por evitar su caída. Con la respiración agitada, trató de pensar en un modo de solventar la dramática situación que, de un momento a otro, les había tocado experimentar. Pensó en alzarla con la esperanza de que eso le diese tiempo para sopesar las distintas opciones de sobrevivir a un descenso del cual desconocía la distancia al suelo.

En unos últimos instantes de extremo esfuerzo por sostenerse ambos, desvió los ojos hasta el poste junto al que se encontraban. Consideró la posibilidad de llegar a él con el objetivo de, mediante él, descender de forma más segura.

—¡No me sueltes, por favor, no me sueltes...! —Exclamó, atropelladamente, poseída y aterrada por la descontro-

lada realidad—. ¡No quiero morir!

Al escucharla, él volvió a centrar su vista en ella, percibiendo el temor que la embargaba. Comprendiendo que no podía permitirse ceder al desaliento, y pese a estar absolutamente intranquilo respecto a lo que les deparaba el futuro, asumió el control de la situación.

—No te puedes morir. Todavía no me has dicho tu nombre —dijo, pretendiendo apaciguar el desasosiego que la habitaba—. Saldremos de esta y me deberás una.

—¡Lo que tú quieras, pero, por Dios, no me sueltes!

Sacando fuerzas de flaqueza, él tomó una buena bocanada de aire antes de proceder a atraerla hacia sí mismo, viendo el rostro de ella a unos pocos centímetros del suyo. De sus labios estuvo a punto de brotar una cálida y simpática frase de consuelo, presto a confortarla, pero algo lo detuvo.

—Nora; me llamo Nora —tartamudeó ella—. Tengo mucho, mucho miedo...

Consiguió mirarla directamente a los ojos, asintiendo antes de advertir que la inclinación del aparato aumentaba ante su esfuerzo por subirla, haciéndole resbalar pese a verse asegurado por el reposabrazos del que ella había estado pendiendo.

Anticipándose a lo que sucedería, presintiendo que la banqueta cedería y que el extremo al que se aferraba terminaría por desprenderse del todo, quedó totalmente inmóvil, tensando toda la musculatura de su cuerpo.

El sonido de la tormenta alejándose pero permaneciendo próxima a ellos le impedía escuchar los balbuceos y rezos de Nora.

Silenciosamente jadeante, se concentró en luchar contra la propia gravedad sin disminuir la fuerza con la que seguía sujetándola.

La idea de mecerla hacia el poste era una completa locura. Si bien los dos proseguían con los instrumentos para deslizarse por la nieve, la posibilidad de descender por el mástil era impensable. Y conseguirlo tampoco le garantizaba un éxito seguro.

—Por favor, no me sueltes... —volvió a suplicar ella, sin aire.

La cabeza le iba a mil por hora, del mismo modo en que lo hacía el corazón, acallado en su particular localización. Eran tantos los planteamientos que se sucedían en su mente que parecía ser incapaz de calcular las probabilidades de resistir a la inminente caída.

Súbitamente, el telesilla perdió solidez, flaqueando por el peso que él causaba, sosteniéndola en aquella postura. Cedió bruscamente, logrando quedar únicamente sujeto a un extremo y él terminó siendo arrojado hacia el borde por el cual Nora pendía.

Un nuevo grito se hizo eco entre las montañas, azorando las pocas aves que habían obviado el temporal, decidiendo quedarse entre algunos árboles del bosque.

El joven luchó por asegurarse al reposabrazos de la banqueta. Se aferró a éste con tanta fuerza que apenas sentía la musculatura de su antebrazo, respirando agitada y casi ahogadamente. El frío había logrado implantarse en sus vías respiratorias y, con la garganta seca, intentó pronunciar cualquier cosa con el propósito de tranquilizarla, pues apreciaba el nervioso balanceo que causaban las piernas de la chica, aterrada y en pleno estado de completo pánico.

La nieve nublaba su vista y la llovizna le impedía centrarse. Una bola de electricidad se había adueñado del hueso de su hombro y los calambres descendían por todo su brazo, aquel que se esmeraba en mantenerla sujeta.

—Necesito que mantengas la calma... —masculló él, con gran dificultad, tensando la mandíbula por el frío, el esfuerzo y el malestar que abatía todo su cuerpo—. Por favor, preciosa, mantén la calma. Muévete lo menos posible...

—¡Tengo miedo!

—Lo sé.

—¡No quiero morir!

—Lo sé —repitió él, ahogando un quejido.

Ejercía tanta fuerza alrededor de la muñeca de ella que estaba seguro que acabaría dejándole marca. Apenas